

Sujetamos humildemente este tosco dibujo al juicio de la Santa Iglesia Romana, y, en conformidad con lo decretado por el Papa Urbano, retractamos con antelación cualesquier proposiciones que desdigan de la doctrina por ella profesada, si acaso por ignorancia ó inadvertencia las hubiéremos escrito.

Dígnese el Santo inspirar gusto de devoción á los que leyeren. Por muy bien lograda daremos nuestra diligencia si conseguimos despertar afición á las virtudes de este ejemplarísimo joven, á mayor servicio de Dios, honra del Santo y provecho de las almas.

## LIBRO PRIMERO.

---

DESDE QUE EL SANTO NACIÓ

HASTA QUE FUÉ RECIBIDO

EN LA COMPAÑÍA DE JESÚS.

---

(De 1599 á 1616).



## CAPÍTULO PRIMERO.

### PADRES Y PRIMERA CRIANZA DE JUAN.

---

- I. Condición de sus padres.—Religión, cargos, posición social de las familias de entrambos.
- II. Nacimiento, bautismo, índole, enfermedad del niño Juan.— Su devoción precoz —Afanos de su piedad. — Competencia de varias familias en tenerle consigo. — Enfermedad de su madre.— Cómo Juan la regala y consuela.

#### I

**E**n una villa de Flandes, por nombre Diest, á orillas del río Demer, á cinco leguas de Lovaina y diez de Bruselas, vivía á fines del siglo xvi un honrado artesano, unido en santo matrimonio con una honestísima consorte. Juan Berchmans é Isabel Vanden-Hove eran los dos esposos, que habían de alcanzar del cielo un hijo purísimo que mereciera por su santidad ser levantado al honor de los altares.

Nacidos ambos de muy cristianos progenitores, heredaron la excelencia de sus virtudes, logrando padres é hijos, con vida ajustada y lustre de buenas obras, mejor renombre que otros con la he-

rencia de rentas y títulos <sup>1</sup>. Abonada prueba de esto dió en declaración jurídica el cura párroco de Nuestra Señora de Diest, á quien la evidencia de tanta probidad y de tan raro mérito, obligó á encerrar el elogio de Juan Berchmans en el círculo de estas breves palabras: *era un varón cabal y cumplido*; declaración que repitieron á una todos los vecinos de Diest, confirmando con su testimonio que Juan había respondido perfectamente á las obligaciones de su oficio, y hecho rostro á los reveses de la fortuna con cristiana resignación.

Porque el cielo, que siempre había colmado á esta familia de bienes espirituales, anduvo más reservado en los temporales y terrenos. Ya antes, habiendo Juan principiado la carrera de los estudios con ánimo de granjear puesto en la república de las letras, forzado por la necesidad hubo de acogerse á la profesión de curtidor de pieles, único ejercicio que le proporcionaba medios de subsistencia.

Aquí no solamente su honradez suplía con grandes ventajas al esplendor de las riquezas, que los contratiempos habían arrebatado á su casa, pero correspondía también á la estimación pública, de que su familia había siempre gozado por ser una de las más respetables de la villa. Era hombre muy recto y justiciero, grave en sus acciones, amigo de tratar verdad, celoso del bien común, de cordura y prudencia grande; y estas prendas le hicieron tan acepto á los ojos de los naturales, que no dudaron en confiarle empleos y gobiernos

<sup>1</sup> Digna es de recomendarse la historia de los ascendientes paternos y maternos, desde el siglo xv, publicadas, á raíz de la Canonización, por el P. Vanderspeeten con el título *Histoire générale de la famille de Saint Jean Berchmans. Premier fascicule*.

importantes, llegando á juntar en su persona el cargo de corregidor y la dignidad de presidente del consejo, en cuyo desempeño, según que lo afirma un contemporáneo, pudieron venerar en él al defensor de la justicia y al protector del derecho <sup>1</sup>.

Más recomendable aun por su nobleza fué la casa de Isabel Vanden-Hove, entroncada con las primeras familias de Diest, Cools, Witten, Vander-Straeten. Era Isabel mujer discreta y apacible, recogida y casera, dada á las cosas de devoción, amorosa y diligente, muy puesta en criar y hacer buenos á sus hijos, tal, en fin, que el marido en su confianza descansaba y teniase con su trato por dichoso y afortunado <sup>2</sup>.

Aunque no les faltaban á los Berchmans y Vanden-Hove títulos para preciarse de tener vinculados sus nombres en los honores de la magistratura civil y militar, con mayor razón se gloriaban de contar entre los suyos á miembros del estado eclesiástico y religioso, que son los que constituyen la verdadera grandeza de la familia cristiana; tales fueron, Matías y Pablo hermanos de Juan, Adriano y Enrique hermanos de Isabel, que en sus prebendas y parroquias supieron realzar con ejemplos de santa vida las virtudes de sus mayores; no menos se aventajaron entre las almas consagradas á Dios, Elena Van Enckevort y Ana Berchmans sobrinas de Juan, y podían ser modelo á las más ejemplares Catalina y María sus

<sup>1</sup> *Publicae justitiae defensor et a populo juris et aequi patronus semper habitus*. (Mss. de la Bibliot. real de Bruselas, n. 6271.)

<sup>2</sup> *Parentes habuit pios et a virtute maxime commendatos*. (Mss. de la Bibliot. Real de Bruselas, núm. 6271.)—*Patre viro perhonesto... matre foemina optima et pientissima*. (Proc. rom., pág. 398.)

hermanas, todo el tiempo que fueron beguinas en la casa de Diest <sup>1</sup>.

## II

**P**RIMICIAS y honra colmada de este cristiano matrimonio fué nuestro Santo, Juan Berchmans. Nació el día 13 de Marzo de 1599; por caer en sábado, consagrado á la Reina de los ángeles, parece que la soberana Señora quiso adelantarse á tomar por su cuenta y á cubrir con el manto de su protección al recién nacido niño, que tan suyo había de ser. El día siguiente, domingo, fué regenerado en las aguas del bautismo, como consta en los registros de S. Sulpicio: fueron sus padrinos de pila, Adriano Claes y Gertrudis Van Steyvoert <sup>2</sup>. Pusiéronle por nombre Juan.

La gracia del santo bautismo no podía caer en natural más feliz, ni en complexión mejor dispuesta para recibir su influjo divino. Estaba aún en mantillas, y ya infundía respeto la serenidad de su rostro y enamoraba la suavidad de su vista los ojos y corazones. Un humor maligno corrióle por la cabeza, y se extendió y llegó á desfigurarle de suerte la cara, que el aspecto de tanta úlcera y de la gran flaqueza que le consumía, arrancaba á los presentes sentimientos de viva compasión <sup>3</sup>.

<sup>1</sup> El instituto de las Beguinas, muy antiguo en Bélgica, es una asociación piadosa de mujeres, viudas ó doncellas, que, libres de votos solemnes y de clausura, viven dedicadas á obras de misericordia y á ejercicios manuales. (Dr. Hallman, *Hist. de l'orig. des Béghines de Belgique*, 1843.)

<sup>2</sup> *Martius*, 1599. *Parentes: Joannes Berchmans, filius Joannis et Elisabeth ejus uxoris. Filius bapt. Joannes.—Patris Adrianus Claes, et Gertrades Van Stegvoert.*

<sup>3</sup> *Puer ulcerosus ac pene hecticus ad videntium commiserationem, nunquam querulus aut matri difficilis fuit, nulliusque, quod omnes admirabantur, molestiae compertus.* (Proc. rom., pág. 355.)

Con serle la molestia insoportable, nunca salió de su boca, así lo afirma el Padre Bauters, no diré un ay de dolor, pero ni señal de queja, ni con los de casa ni con los de fuera; cosa que tenía atónitos á cuantos eran testigos de aquel inalterable sosiego, poco usado entre los niños que padecen.

Con otra no menor maravilla se hará ésta más creíble. El llanto, ley rigurosa á que van sujetos cuantos entran en este valle de lágrimas, hasta tal punto templó con nuestro niño la fuerza de sus rigores, que no había menester su madre enjugarle los ojos, ni acallar sus clamores; ora le tuviese en el regazo, ora le reclinase en la cuna, tanto si le sentaba junto á sí, como si le confiaba á manos ajenas, la dichosita criatura permanecía de un temple, ni era evento alguno parte para turbar la tranquilidad de su apacible semblante.

Mirábase la madre con amor en su querida prenda, y mientras que con los desvelos traspasaba en el infante la fuerza de sus virtuosas inclinaciones, y con los ojos y caricias se las imprimía, y aun con las dulzuras y palabras tiernas se esforzaba en infundir en aquella alma el conocimiento de las cosas del cielo, el niño Juan parecía despedir rayos de inteligencia anticipándose á la edad. Regalábase la piadosa madre, y no le cabía el alma de placer viendo con qué afecto repetía el niño los dulcísimos nombres de Jesús y María, que fueron los primeros acentos que de sus balbucientes labios recogió.

Ella, que se reconocía deudora de tan gran tesoro al soberano Dador, ¿cómo no había de empeñar sus afanes en criarle para el cielo? Presentábase muy á menudo delante del santo altar, ro-

*tionem, nunquam querulus aut matri difficilis fuit, nulliusque, quod omnes admirabantur, molestiae compertus.* (Proc. rom., pág. 355.)

gando á la divina bondad con todas veras, no permitiese que el negro pecado hiciera presa ni ensangrentara sus uñas en la inocencia de aquel cordeuelo. No bien hubo apuntado el primer uso de la razón, cuando ella y su marido le enseñaron á reverenciar en todo lugar á la majestad de Dios, á rezar las oraciones del cristiano, inspirándole horror á la más leve sombra de culpa que pudiera descontentar á nuestro Señor, y el niño, dice el P. Frizón, en su índole dócil como en cera blanda dejaba estampar los saludables consejos, señal manifiesta de cuán prevenido estaba con las bendiciones del cielo.

No tardó en dar indicios de ingenio penetrante. Para cultivarle púsole su padre en manos de un piadoso maestro. Cuál fuese su proceder en estos áridos rudimentos de primeras letras, harto lo demuestran su constante aplicación y el porte de vida irreprochable que siempre guardó. Pintábasele en la compostura del semblante aquella bondad de su alma y madurez de juicio enemiga de los juguetes y entretenimientos, que casi nacen con los niños. Cuando al salir de la escuela volvía á casa, llamaba á la puerta con sosiego y moderación; si tardaban en abrir, por no estarse ocioso, en vez de repetir aldabazos con impaciente anhelo, como suelen los menos juiciosos, acompañado de su angelical modestia encaminaba los pasos á la iglesia inmediata, y allí, las rodillas por el suelo ante el altar de la Virgen Santísima, se ponía á rezar, logrando en bien de su alma el tiempo que tal vez perdiera á la puerta de su casa <sup>1</sup>. ¡Qué

<sup>1</sup> *Cum pulsaret et non intromitteretur, non ut alii pueri impatientius in ostium incurrebat, sed tranquillissime in vicinam aedem ibat Biae. Virginis persecuturus quinta vel sexta rosaria.* (Proc. rom., pág. 356.)

mucho que á pesar de ser, al decir de los que le trataron, de genio vivo y despierto, jamás le cogieran en disputas, y mucho menos en pendencias con los niños de su edad!

Su abuela, María Van Steyvoert, mujer sencilla y devota, amábale con extremo. Muy solícita en cuidar del nietecito, reservaba para sí el cargo de despertarle por la mañana. Mas, ¿cuál fué su sorpresa cuando comenzó á reparar que la diligencia del niño andaba más en su punto que su propio desvelo, y que, como acusando de remisa toda su solícitud, más de una vez, en el corazón del invierno, había el intrépido muchacho (que contaba apenas siete años) sabido hallar traza de madrugar, levantarse y salir de casa aun antes de rayar el alba? Y preguntado por qué se daba tanta prisa en madrugar, respondía con mucha lisura, que el deseo de aprovechar y ganar tiempo le traía desvelado, y le estimulaba á oír algunas misas antes de ir á la escuela. Respuesta que aun en mancebos mayores fuera muy digna de asombro.

Lo demás del día gastaba en ejercicios de estudio y devoción. Escondíase en lugar retirado de casa, y allí encomendábase á Dios, ó leía, cuando lo supo hacer corrientemente, en algún libro devoto, con que se recreaba su alma, en especial si hablaba de los padecimientos y amor de nuestro Señor Jesucristo. ¡Cuántas veces estando á la mesa con la familia era de ver cómo, abierto delante de sí el libro espiritual, iba leyendo por él, apacentando su espíritu con el deleite de la lectura, en tanto que daba al cuerpo el sustento necesario! ¡Rara correspondencia á los toques de la gracia en un niño de ocho años!

## III

Las gracias de la inocencia y las luces de la devoción daban al rostro de Juan un celestial encanto. Parábanse muchos á contemplar aquella suave modestia de los ojos, aquella sonrisa que le jugueteaba sin cesar en labios y mejillas, aquella compostura de todos sus movimientos, y no sabían irse á la mano sin expresar la verdad de su embeleso, aclamando á su madre por dichosísima en la tierra. Isabel respondía con acción de gracias al Señor por los dones que en su ángel (así le llamaba) se había servido depositar, y de camino ponderaba las demostraciones de respeto, los extremos de su mansedumbre, la prontitud de la obediencia, las finezas de afecto, los rasgos de candor: no sospechaba la sencilla mujer que con enaltecer tanto las prendas del niño, no hacía sino interesar la afición de muchas madres, que á vista de sus hijos aviesos y mal acondicionados, suspiraban por la compañía del ángel de Isabel, para afearlos con más libertad sus desobediencias y mal comportamiento.

Algunas hubo que lograron introducirle en casa, y aun alcanzaron el favor de tenerle á la mesa, con intento de ponerle á los suyos delante como espejo donde aprendiesen modestia y buena crianza. Mas, porque por menores motivos se originan pesadumbres entre familias amigas, acaeció que Juanito Berchmans vino á ser blanco de reñida competencia entre algunas señoras rivales, que, si creemos al P. Bauters, se hacían pagar mutua-

mente bien cara la victoria en esta porfía<sup>1</sup>. Echáronlo de ver sus padres, y temiendo el escollo en que viene á dar con semejantes agasajos el candor de la tierna edad, opusieron formal resistencia, y sin usar de contemplaciones con el contentamiento ajeno, cerraron de una vez la puerta á las instancias de los importunos. Porque como entendían cuán buena alma le había cabido en suerte á él, y á ellos cuán grave obligación les corría de tenerla asegurada de malas compañías, que son el veneno de la primera edad, le criaban vigilantísimamente, sin consentir que de fuera ni de dentro de casa se le pudiese pegar algún resabio de corrupción. Prudencia verdaderamente cristiana, de que hacen menos caso aquellos padres, que, escudados en la ninguna malicia de los niños, los exponen á frecuentes ocasiones; ignoran tal vez que al abrir el niño los ojos á la luz de la razón, es dificultoso que no dé al través con su inocencia, si se ve rodeado de objetos seductores.

Muy bien se le lucía al niño Juan el recato de sus padres en la sencillez de sus costumbres. Sobre la vigilancia de ellos andaba el cariño de Dios, tan solícito que no cesaba de despertar en el fondo de aquella alma saludables recelos y temores. Bien es verdad que no tenía el agraciado niño por qué prevenirse contra las caricias de la familia, harto cristiana por cierto para no condescender con ligerezas, que suelen ser con el tiempo dañosas á esta edad; pero luego conoció la necesidad de armarse contra los asaltos que de fuera le podían venir. Dábanle en rostro demostraciones impertinentes.

<sup>1</sup> *Ita quemque ista morum decentia rapiebat ut honestissimorum virorum, pro alendo domi suae jam tum puero, pia fuerit contentio piaequae exercitae inimititiae eo quod angelo privarentur.* (Proc. rom., pág. 3519.)

La sombra misma del peligro traía azorada su modestia, y porque un día le quisieron echar un remiendo en el vestido, fué menester aguardar á que se le hubiese quitado, porque nunca se pudo recabar de él que, ni aun para semejantes servicios, permitiese que manos de mujer le llegasen al pelo de la ropa <sup>1</sup>. Aún de sus tías y primas afirma el P. Bauters, que cuando intentaban, siendo más pequeño, regalarle con besos y mimos, valiéndose él del desasosiego, cuando no de lágrimas y sollozos, sacudía con fuerza sus tiernos bracitos, en que daba bien á entender el horror á los importunos halagos.

Nueve años cumplidos tendrfa cuando quiso Dios hacer prueba de la virtud de su madre y pasarla por el fuego de la tribulación. Visitóla con penosas y recias enfermedades, que le duraron hasta la muerte y la tenían con frecuencia rendida en la cama. Aquí fué para este ángel el pasar á su cabecera todos los ratos que podía, aquí el proveer con cuidado á la necesidad de los hermanitos menores <sup>2</sup>, aquí el desvelarse en el servicio y regalo de la enferma, aquí el parecerle poca toda su industria en doblar afanes y prendas de cariño filial, aquí en fin, el trabar á menudo con ella discursos sobre la paciencia y resignación á la divina voluntad, tan discretos y llenos de unción, que (afirma quien lo oyó) el predicador más sesudo no lo hiciera con más aplomo. El pasmo y el amor excitaban en la enferma lágrimas de puro consuelo <sup>3</sup>.

Estaba un día en lo más recio de los dolores;

<sup>1</sup> Proc. rom., pág. 352.

<sup>2</sup> *Reliquos fratres suos male agentes increpabat.* (Proc. rom., pág. 351.)

<sup>3</sup> Proc. rom., pág. 348.

partida el alma de pena, despedazado el cuerpo de tanto padecer, rendido el espíritu á las congojas de tantos tormentos, parece vino á flaquear por un instante la paciencia de la pobre Isabel. Manda llamar á su ángel. No bien hubo entrado y arrimándose á la cabecera de la cama, sintió la madre notable alivio en sus penas, y desvanecida la nube de mortal melancolía, recobró la quietud é igualdad de ánimo. Esta suerte de prodigiosa victoria, que la presencia del bendito niño parecía haber alcanzado en trance tan peligroso, acrecentó en la opinión de la enferma el concepto de su virtud. Desde este momento, dice el P. Frizón, ya no se hallaba bien la madre sin la asistencia del hijo. Y no la costaba mucho tenerle siempre delante y recibir con su vista consuelo. Porque quien tan colgado tenía su gusto del de sus padres, claro está que le experimentaba singular en el retiro de casa, donde se hurtaba además á las muchas ocasiones que suelen exponer á mil géneros de asaltos y caídas el genio bullicioso de los niños. Al nuestro érale como natural el amor de la soledad; de ella sólo le arrancaran los deberes del estudio y devoción. Con gran propiedad pudo decir uno de sus maestros, que era cosa tan nueva verle en la plaza, como extraña no hallarle en el templo <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> *Ipse a vitiis, quibus puerilis aetas inquinari solet, semper immunis et hoc de eo omnibus quibus hoc patuit, quippe domesticis, innotuisse: illum licet puerum nihil tam puerile nunquam egisse.* (Proc. rom., pág. 351.)

